Precios de suscripción

En la capital, al mes una peseta: fuera cuatro pesetas trimestre

Anuncios y comunicados á precios convencionales. Pago adelantado.

NUMEROS SUELTOS
5 CÉNTIMOS
ATRASADOS 10

Las Provincias de Levante

Paquetes para la venta, á 0'75 pesetas mano de 25 ejemplares.

Toda la correspondencia administrativa se dirigirá al administrador

D. Mateo Selgueir Almela
Crédito Público, 1

No se devuelven los originales.

Año XV.-Núm. 4577 | Murcia: Lunes 22 Octubre 1900 | Tres ediciones diarias

Actualidades

LAS CRISIS

Desde hace muchos años vienen surgiendo las crisis en nuestros Gobiernos por desavenencias personales, y muy pocas veces por lo que atañe á los principios y á las convicciones.

Mal sistema para gobernar, y peor ejemplo para los gobernados.

Los que desde la oposición acechan el poder, bien poco ofrecen, y después no cumplen lo ofrecido.

Se impone un cambio profundo en nuestras costumbres políticas.

Las agencias telegráficas decían esta madrugada, que la casa de Sagasta estaba totalmente invadida de correligionarios.

Lo creemos á cierra ojos; pero el espectáculo no es consolador para el país.

Las casas de los que esperan obtener el poder, se llenan pronto de gente que anhela caer sobre el presupuesto, perpetuando nuestras desventuras públicas.

En el mismo pensamiento de Sagasta estarán grabadas esas consideraciones, pero tiene que gobernar con lo que puede y se resigna.

El mismo sabe que, caido en desgracia, no le saludarían siquiera los muchos que, al menor relámpago de crisis, acuden á recibir el vaho consolador de sus habitaciones.

Sobre esos entusiasmos de regocijo y de parabienes, no se ve flotar una idea, una convicción, un propósito; mandar, solamente mandar, á costa de lo que sea preciso.

Y lo más triste de todo es, que solo se vé esa solución, por que cualquiera otra cosa de lo que por ahí bulle, sería cien veces peor, unas por lo peligrosas y perturbadoras y otras por lo temerarias.

A la hora en que escribimos estas líneas, no sabemos si se habrá constituido un Gabinete, con cierto predominio de carácter militar, para mantener el principio de autoridad y refrenar los excesos de la política.

Realmente hay sobrado número de redentores, que abandonan sus quehaceres propios para hacernos felices.

Creemos que sería muy conveniente licenciar por lo pronto una mitad, para hacer las crisis más serias y más fecundas.

Pimiento molido

Otra carta.—Seguimos lo mismo. —Pobres huertanos.

Sr. Director de Las Provincias de Levante.

Muy señor mio: Me dispensará V. le moleste tanto, pero como su periódico es el que siempre defiende nuestros intereses, por eso me dirijo á él y no á otro. Después de darle las gracias paso á decirle lo siguiente:

El Sr. Alcalde dispuso con muy buen acierto, que el mercado de pimiento se celebrase en los alrededores del Teatro Romea, pero el Alcalde manda una cosa y cuatro comerciantes de Espinardo disponen otra.

El señor Alcalde les quita que celebren el mercado en la plaza de aquel pueblo, y ellos dicen en el pueblo ha de ser, y lo están celebrando en una casa particular que un remitente de pimiento ha puesto á disposición de sus compañeros.

Esto es ya mucho, señor Director, pues nunca nos podíamos figurar que los remitentes de Espinardo llegasen á celebrar el mercado en una casa de un remitente, burlando los buenos deseos del Alcalde y burlándose de nosotros.

La culpa de esto la tiene el Alcalde de Espinardo, que al darle orden el de Murcia para que no consienta el mercado en el pueblo, no pone en su conocimiento que lo están celebrando en la casa de uno de los principales remitentes de pimiento.

Como el alcalde de Espinardo es comerciante de pimiento, de más ó menos importancia, por eso no lo habrá puesto en conocimiento del Sr. Alcalde de Murcia.

Después de tantas plagas y quebrantos como ha tenido y tiene la cosecha del pimiento y con el tiempo tan malo que hace, solo nos faltaba, Sr. Director, esto de los dos mercados, rigiendo unos precios en Murcia y otros en Espinardo y esto hace que muchos miles de duros, que en justicia son de los huertanos, vayan á parar al bolsillo de los comerciantes, lo cual no sucedería si el mercado fuese uno solo y supiéramos los verdaderos precios que rigen.

Los comerciantes de pimiento dirán que nadie nos obliga á vender si el precio no nos acomoda, pero no tienen razon en decirlo, pues demasiado saben ellos que nos obliga la necesidad de pagar el rento, abonos y otras deudas menores que hemos adquirido con la esperanza de pagar con lo que sacamos del pimiento y, como ya le digo, eso lo saben muy bien y se aprovechan de esa necesidad que tenemos de vender para pagar al que debemos.

Usted, señor Director, está haciendo por nosotros todo lo que puede; la culpa es de quien á su tiempo pudo evitar las mezclas y hoy consiente los dos mercados y por eso nunca podrá la huerta de Murcia agradecer á su periódico lo mucho que defiende sus intereses.

Un Huertano.

DESDE SAN JAVIER

Lluvia torrencial

Ha llovido en esta doce horas, cayendo una lluvia torrencial, como nunca se había visto por lo copiosa.

La carretera de Balsicas á Pinatar, quedó inutilizada para el tránsito, pues en los badenes y bajos alcanzó el agua unas tres varas de altura, retrasando el correo y suspendiendo el tránsito.

Todas las ramblas se han desbordado y hubo momentos de gran pánico.

Los puentes de la carretera no podían desalojar las aguas.

Se han hundido algunas casas y otras amenazan ruina.

Afortunadamente no hay desgracias personales que lamentar.

Corresponsal.

21-10-900.

COSAS

Una castaña.—La ropa de abrigo.—Don Juan Tenorio.—La caida del Gobierno.

Los auroros me dieron el sábado la castaña.

Es decir, los auroros no; los que me la dieron son los que me hicieron creer que aquellos cantarian en Santo Domingo.

Llovía de firme cuando salí de esta redacción y me dirigí al templo sola y exclusivamente por el gusto de oir cantar á los auroros.

Llegué á la iglesia hecho una sopa y despues de haberme metido lo menos en doscientos charcos.

Estuve esperando á que cantaran hasta que se cerró la iglesia y la *Aurora* no asomó por ninguna parte.

Verdad es que la noche era muy oscura y no brillaba ni una sola estrella.

En una noche así, ¿qué extraño es que no hubiera *Aurora*?

—

El tiempo ha refrescado bastante y en las casas han empezado ya á sacar la ropa de abrigo.

Las capas, los gabanes y demás prendas de invierno están ahora bajo el peso de una minuciosa inspeccion, para ver el modo de que puedan llevarse tan flamantes como cuando se estrenaron, con solo un pequeño arreglo.

Los sastres pasan las de Cain con algunos parroquianos, que quieren que aquellos hagan el milagro de convertir en prendas nuevas algunas que son contemporáneas del rey Don José I, como dicen en *El tambor de granaderos*, ó de Pepe Botella, como le llamaban los heróicos defensores de nuestra independencia. (¡Vaya un dato histórico!)

Claro está que eso no puede ser, y de ahí viene el que muchas de esas prendas sean consideradas como verdaderos adefesios y se destinen únicamente para prestar servicio de noche.

A la ropa le pasa lo mismo que á la guardia municipal: la hay diurna y nocturna.

La cuestión está (y me refiero á la ropa, no á la policía), en aprovecharlo todo.

—

Don Juan Tenorio, el eterno calavera pintado por Zorrilla, y que tanto agrada ver en los escenarios á los españoles, también está preparando su ropa para presentarse ante todos los públicos que sea necesario.

En Madrid es seguro que realizará sus famosas proezas, por lo menos en seis ó siete teatros á la vez.

En otras capitales también matará por partida doble ó triple al Comendador, y robará á doña Inés,

encantadora paloma
privada de libertad,

entre los entusiastas aplausos del público.

Aquí, á juzgar por las trazas, me parece que este año nos vamos á quedar sin verlo ni aun en parodia.

Paciencia; otra vez será.

—

A la hora en que escribo estas líneas me entero de que ha caido el Gabinete Silvela.

Todo lo humano es perecedero.

Se ha venido abajo el ministerio; estamos en plena crisis.

Algunos se relamerán de gusto; pero con eso ¿qué es lo que va ganando el país?

Veremos.

Hernan Gil.

DE ABARAN

Copiamos de nuestro colega «La Voz de Cieza»:

«Segun noticias que tenemos, la vecina villa está dando pruebas de su afán y teson en fomentar todo aquello que pueda contribuir á su adelanto y bienestar.

Creada en Mayo último la Cámara de Agricultura, Industria y Comercio, la Junta directiva y su digno presidente D. Isidoro Gomez, vienen con un celo digno de todo encomio, sosteniendo una lucha titánica para vencer los múltiples obstáculos que se oponian á la consecucion de sus fines.

Después de mil proyectos para adquirir un local donde establecerse dignamente la sociedad, han encontrado por fin un buen patricio que con un entusiasmo y liberalidad dignos de toda alabanza, ha dado buena solucion al problema.

El inteligente comerciante y rico propietario D. Antonio Castaño, está construyendo un edificio *ad hoc* cuyas obras están tocando á su término, pues ya han empezado á poner el pavimento y cuyo edificio le ha sido arrendado á la sociedad por seis años.

Tenemos entendido que la Cámara piensa decorar lujosamente el local é inaugurarlo lo antes posible, á fin de que á la par que un centro de instrucción resulte un buen sitio de recreo.

Un pueblo que como Abarán viene dando tan gallardas muestras de viril actividad para conseguir su engrandecimiento moral y material, es digno de ser imitado por los demas pueblos y con mayor motivo en los tiempos calamitosos por que venimos atravesando.

Nuestra mas cordial enhorabuena á ese pueblo industrioso y en particular á la Junta directiva de la Cámara y al señor Castaño, que comprendiendo las múltiples y transcendentales ventajas que dicha sociedad ha de reportar á su pueblo, no ha reparado en gastos ni sacrificios, coadyuvando poderosamente á que dicha sociedad se instale decorosamente y empiece lo antes posible á dar frutos regeneradores».

EL MORO Y EL CRISTIANO

A poco de salir de la Academia, con el suspirado empleo de Alferez, fui destinado de guarnición á la villa del oso y el madroño, acompañándome por igual motivo en el mismo cuerpo uno de mis mejores compañeros de estudios.

Desde luego decidimos vivir juntos, es decir, en la misma casa de huéspedes, prometiéndonos reunir nuestros fondos para atender á nuestras necesidades.

Paseándonos cierto día por el de la Castellana, vimos dos preciosas jovencitas que eran un portento de belleza y de candor (al parecer).

Nosotros, que bajo nuestra palabra de honor, nos habíamos declarado hombres, comprendimos que, despues de fumar y otros excesos, necesitábamos el lujo de tener novia.

—¡Vaya un par de hembras!—me dijo mi compañero.

—¡Soberbias! —dije yo—¿no te parece que por lo menos y sin pretensiones de ulteriores consecuencias, encerremos en su casa á ese par de pimpollos?

—Perfectamente, soy de tu misma opinión.

Y dicho y hecho, nos pusimos en aguas de aquellos ligeros esquifes, y á poco descubrimos que á remolque llevaban dos viejas lanchas que hacían agua por todos lados: eran las mamás suegras futuras nuestras y legítimas de nuestras Dulcineas respectivas.

Renunciando á describir detalles sin importancia, al poco tiempo aquellas beldades eran nuestras novias oficiales.

Las mamás, enteradas de nuestra conducta que calificaban de pecaminosa, borrascosa y otros adjetivos de la misma terminación, se opusieron con tenacidad á nuestras relaciones; pero nuestros traviesos asistentes encontraron medio de ponernos en relación, (á honesta distancia, como dijo Martos), de nuestras futuras.

Un día, martes de Carnaval, mi asistente me entregó la siguiente epístola de mi novia.

«Gerido, manolo; te participo que Birtuditas y mi persona esta noche iremos al vaile de la Zarasuela con nuestras respetibas mámas; Te dijo esto para que tu y tu amijo vaiais disfrazados para que no sus conozgan las mamás:

Avisa con Perico de que ireis.
Tuya que lo es asta la angonía
Laura.»

Perdoné las faltas ortográficas de mi adorado tormento, por la alegría que me produjo la carta; me puse de acuerdo con mi compañero y concertamos ver á un alquilador de trajes para la elección de disfraces.

Mi amigo era muy alto y delgado, con hermosa barba rubia, y yo rechonchete, bajo y casi imberbe.

Mi compañero era de pensamientos románticos y heróicos, y escogió un traje de guerrero de las Cruzadas; consistía éste en un calzoncillo y camiseta imitando aceradas mallas, y que en realidad era de un algodón pardo sucio con alguna lentejuela blanca sobre vesta de lienzo, con una cruz grande de percalina encarnada, casco con flotantes plumas y manoplas de metal de baja clase.

Con objeto de hacer *pendant* al valeroso cristiano, escogí uno de moro compuesto de una chaquetilla, que parecía de torero, de descolorido raso verde bordada de lentejuelas, una media luna de hoja de lata en la espalda, anchos pantalones de percalina roja adamascada, faja rosa, turbante en forma de sorbete, arlequín de fresa y mantecado, y babuchas de badana verde (que por cierto me venían muy grandes).

Compramos después almazarrón, humo de imprenta, blanquete y narices postizas con grandes bigotes, para completar nuestros preparativos.

Con Perico avisamos á las jóvenes que iríamos al baile, y en qué trajes.

Consultado el numerario de la caja resultaron 77 pesetas y unos céntimos (era á primeros de mes).

Decidimos tomar un palco, para que las novias no creyeran que éramos unos pelagatos.

Llegada la hora del baile, dirigimos nuestros pasos á casa del alquilador de trajes, donde nos disfrazamos, y después de embardurnarnos de almazarrón, albayalde y otros ingredientes, enfundamos la nariz, dejando en rehenes al alquilador nuestros uniformes.

Al contemplarnos uno á otro, no podíamos contener la risa, que estallaba á carcajadas; mi amigo parecía una caricatura de guerrero, y él, á su vez, decía que yo me asemejaba á una sorpresa de 10 céntimos.

Hicimos nuestra entrada en el salón, que rebosaba de gente; mi compañero, gracias á su estatura, podía respirar; pero mi persona, que apenas llegaba á los hombros de los demás, sudaba tinta.

A poco de llegar dos mascaritas, vestidas vaporosamente, se acercaron á nosotros.

—¡Adiós, Sultán!—dijo una.

—¡Ojalá lo fuera!—contesté.

—¿Por qué, morito?

—Porque tendría muchas cosas que no puedo tener.

—¡Tunante!—gritó la más [illegible]ra; [illegible]ro al apótrofe añadió un pellizco, qu[illegible]e mentó en un doble las luces del sal[illegible] Conocí la mano: era mi Laura. Descubier[illegible]el incógnito, agarramos del brazo cada un[illegible]á su pareja y nos lanzamos en el torbellino del vals.

No perdimos ni un solo bailable: al anunciar el descanso ya no podía tenerme en pie y había perdido infinidad de veces alguna de mis babuchas.

—Al palco, al palco—grité yo—á cenar tranquilamente.

Las mamás dormitaban en un rincon ó lo fingían muy bien; en vista de su actitud las niñas no se hicieron de rogar.

Nuestros ángeles cenaron con su hambre digna de un profesor de instrucción pública, bebieron como tudescos y de las sobras hicieron acopio; mi Laura construyó un cartucho de una «Correspondencia de España» y metió en él riñones, aceitunas, queso y unas colas de merluza; la otra se contentó con dos peras aragonesas salchichón y unos pastelillos de crema, todo para las mamás, segun decían.

Llegó la hora de pagar la cuenta, que siempre es hora menguada y al satisfacerla nos quedaron ¡treinta céntimos!; la segunda parte del baile dió fin, nos separamos de las novias y salimos del teatro (á la salida perdí definitivamente mi babucha derecha.)

Comprendimos por nuestra desgracia que no podíamos desenfundarnos del difraz sin abonar el importe de su alquiler y por lo tanto que tampoco podíamos recuperar los uniformes; para mayor fatalidad yo entraba de guardia á las once de la mañana y mi compañero estaba de semana; ¿qué hacer en aquella situación? eran las seis de la mañana del miércoles de ceniza, los madrugadores y beatas ya estaban en la calle y nosotros hechos unos adefesios.

Llegamos á nuestro domicilio (yo cojeando y con el calcetin roto por *mor* de la pérdida de la babucha) y allí celebramos consulta; se resolvió que yo escribiera sin demora una carta al cajero, contándole todo lo sucedido y pidiéndole, en nombre de los dos, cien pesetas para salir de aquel apuro. En espera de contestación nos echamos en la cama, vestidos de moro y de cristiano, y á poco roncábamos como cachorros.

Enterado del caso el cajero le hizo gracia y deseó ser él mismo el portador del dinero, pero la fatalidad que nos perseguía, hizo que al salir de su casa se encontráse con el Teniente Coronel del Batallón, hombre serio y aunque bueno en el fondo, gruñon y desapacible.

—¿A donde vá V. tan temprano?—preguntó al Cajero

—Pues he recibido en este momento dos letras de los Alferez Tal y Cual y me dispongo á cumplir su encargo.

Finalmente, que ya en conversación poco á poco fué el Cajero espontáneandose, acabando por contar lo sucedido al Teniente Coronel.

—Vaya, pues acompaño á V. y de paso reprenderé á esos Oficiales.

Cuando el asistente entró en la alcoba y zarandeándonos nos dijo:

—¡El Teniente Coronel y el Cajero están esperando á Vds. en la sala!, poco faltó para morirnos de miedo. Nuestra habitación se componia de sala y alcoba, en la sala los Jefes y en la alcoba vestidos de moros y de cristianos nosotros; no había puerta de escape, ¿que hacer?

—Sal tú—me decía el cristiano con cara compungida y llena de tiznajos.

—Sal tú—le decía yo á mi vez.

—Pues los dos á un tiempo--dijo mi amigo.

—¡Santiago y á ellos!—repliqué yo—y abriendo de pronto las vidrieras de la alcoba aparecimos mi amigo y yo cogidos de la mano y haciendo una graciosa reverencia.

Nuestra presencia causó en el Teniente Coronel y el Cajero el efecto más asombroso; querian hablar y no podian: por fin estallaron ambos en una sonora y franca carcajada; nosotros continuábamos en la misma actitud y la mirada baja; más de cinco minutos duró la risa de nuestros Jefes; por fin pudo decirnos el Teniente Coronel:

—Sres. Oficiales, venía dispuesto á reprender su falta, pero he perdido mi fuerza moral y quedan Vds. dispensados.

Nos excusamos como pudimos, terminando yo con un ¡Viva el Teniente Coronel!

Manuel Grau.

Desde el Pinatar

Ciclón de agua

El día de ayer será fecha notable en el pueblo. Los paseos, las calles, las avenidas y cañadas, los verdes bancales y parte de la población fueron invadidos por el agua y por ella arrasados.

Desde la mañana á la noche, continuamente llovió fuerte. Fuerte del todo, en remolinos horribles, en turbonadas gigantes. La carretera, en cuanto se abarcaba desde los puntos altos, había desaparecido. Sobre las aguas veíanse solo los árboles reflejándose temblorosos, como con miedo, en el sucio espejo que corría á sus pies.

La gente cerró las puertas de las viviendas con la serenata de las aguas cercanas que en torrentes caían hacia el mar, y el ronco rumor denunciaba lo que á su paso iba haciendo el torrente Allá irían los árboles nuevos, allá los frutos, allá los indefensos animales.

Ni relato desgracias, ni las detallaría. Habrá habido muchas; ¡quién sabe cuantas!

¡Quién sabe también si esto no será más que parte de lo que habrá tocado á otros!

Pinatar 21 Octubre 1900.

Ene

CAJON DE SASTRE

(De nuestra colaboracion especial)

El Congreso de la Paz

Aunque ya soy viejo y entonces era muy niño, no se borra de mi mente la impresion que me produjo ver levantarse en una ocasion solemne al hombre que mas he querido y respetado en el mundo y empezar diciendo «Brindo por la paz universal». Por eso la paz tiene para mi doble encanto, pues no olvido tampoco que invocándola saludaba el Redentor á sus discípulos y miro con especial predileccion cuanto tiende á realizar ese bello ideal, que cada vez parece estar mas lejos de nosotros, por los apetitos de los poderosos. Ciertamente entre todos los congresos celebrados en Paris con motivo de la exposicion, ninguno hubo mas simpático que el de la paz, cuyas tendencias se describen á grandes líneas en el último número de la Ilustracion francesa. Como hoy á todo se le dá caracter práctico, parece que el problema de la paz universal no se ha presentado, apelando en primer lugar para defenderlo, como hasta ahora se hacía, á ideas filosóficas y á sentimientos humanitarios, sino que se ha tratado de mostrarlo bajo su aspecto técnico, económico y social, señalando los gravísimos perjuicios que aun los vencedores experimentan y los enormes que trae consigo la paz armada. Efectivamente, el general Haeseler dice que de continuar los perfeccionamientos en el arte de la guerra, no quedarán tras la batalla bastantes supervivientes para enterrar á los muertos.

El ingeniero Juan de Bloch, el autor de la admirable obra titulada «La guerra futura» que tanto ha llamado la atencion de los militares de todos los paises, afirma que las guerras no podrán terminarse más que con el aniquilamiento completo de los dos adversarios y el celebérrimo Moltk asegura que la guerra misma suprimirá la guerra. Acaso por eso muestran tanta prudencia las grandes potencias en sus respectivas relaciones y se limitan á aumentar sus medios de ataque y defensa y á enseñarse las uñas y aun los dientes, pero sólo se atreven á luchar con los pigmeos que fiados en la justicia de su causa osan defenderse.

El Congreso ha nombrado una comision de jurisconsultos para que forme un proyecto de código internacional de arbitrajes. Seguramente por ese camino algo se adelanta